

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

VICENTE LOPEZ

ARTISTA Y SOCIEDAD

Así como el museo del Louvre cuenta con un «apéndice» especializado en la gran pintura impresionista del siglo XIX —el pabellón del «Jeu de Paume», que domina la plaza de la Concordia desde un ángulo del jardín de las Tullerías—, el madrileño museo del Prado tiene, desde hace dos años, su prolongación dedicada a la pintura española del ochocientos —incluyendo la primera década de nuestro siglo— en el histórico «Casón» del Buen Retiro: noble resto del viejo palacio de los Austrias, más antiguo por cierto que el «Jeu de Paume» parisiense, y también que el elegante edificio de Villanueva.

El Casón, especializado durante algún tiempo en grandes exposiciones conmemorativas, nos brinda ahora de manera permanente una lucida selección del arte español posterior a Goya y anterior a los «ismos» del siglo XX. Abre la serie un gran pintor valenciano —Vicente López, cuyo segundo centenario conmemoramos ahora—; la cierran los «impresionistas del sol»: Pinazo, Sorolla, Mir, levantinos también. Desde el gran cuadro de Corte de Vicente López, «La familia de Carlos IV» —el más ambicioso y uno de los menos logrados del artista, con un aire de «falla» culminante en la figura acartonada, de «ninot», del rey—, a esa especie de estallido de fuegos artificiales que es el maravilloso apunte «La fiesta», de Pinazo, transcurre un siglo de pintura que refleja un peculiar modo de entender la belleza y el arte; peculiaridad típicamente levantina, pero también típicamente burguesa. Por muy alejados que parezcan los dos estilos que abren y cierran el siglo —y lo están, por supuesto— hay tras ellos dos impulsos idénticos. Un «modo de ver» goloso del color y de la luz; artificioso y recargado en López; directo y sintético en los impresionistas. Y una mentalidad que hunde sus raíces en una clase social que ha evolucionado evidentemente desde la etapa final del antiguo régimen a la plenitud del liberalismo burgués en la Restauración, sin dejar de ser fiel a sí misma.

Alguien dirá que lo mejor de la pintura de López es anterior al triunfo definitivo de la burguesía en el plano social y en el plano político. Pero ya en otra ocasión me referí a un hecho no suficientemente estudiado: el «aburguesamiento» de la vieja aristocracia, y de la realza incluso —a lo largo de Europa— antes de que la burguesía propiamente dicha desplace

la soberanía de derecho divino en una falsa aspiración democrática.

Un espejo del mundo burgués

El arte de Vicente López es en este sentido una de las manifestaciones más rotundas de una determinada época, de una determinada sociedad. Si Goya nos parece un «adelantado», que alcanza el impresionismo ignorando la línea neoclásica de su tiempo, López supone en cierto modo una «reacción»: no llega ni siquiera a instalarse en el neoclasicismo puro, y en este sentido considero un error enmarcarlo en esta corriente estilística; porque lo que él se propone a lo largo de su copiosa labor es revivir el estilo, eminentemente dieciochesco y cortésano, del ecléctico Mengs. Y está, desde luego, más cerca del pintor bohemio que Bayeu o Maella, discípulos directos de aquél. López es, en la corte de Fernando VII, un Mengs en tono menor, como el poeta Arriaza es un Meléndez Valdés «pasado por agua». Al retroceder al siglo XVIII, López brinda, ya sin originalidad, el mejor espejo a las aspiraciones aristocratizantes de la clase media de su tiempo. El gusto peculiar por el detalle preciosista, el esmero en «acabar» los retratos, con técnica de esmalte, la sustitución de lo verdaderamente bello por lo bonito, no son otra cosa que la asunción de los ideales estéticos de una clase social en trance de triunfo: pero de esos ideales participan, ante todo, el rey y su Corte. Hay un no sé qué de «nuevo rico» en toda esta espléndida teoría de retratos de López, en que se resume lo mejor de su arte —junto a la capacidad de fresquista, patente en alguna de las bóvedas del Palacio Real de Madrid—: un fausto recargado, una ostentación no siempre identificable con la verdadera elegancia (Jorge Brummell afirmaba que cuando una persona elegante salía de un salón no se debía recordar qué traje llevaba). Los cuadros de López son, en muchos casos, magníficos «retratos de trajes» antes que otra cosa. Añadamos aún otra nota, característica de la situación histórica por la que el pintor atraviesa: la ausencia del sentimiento religioso, o más bien la degradación de este sentimiento. Las niñas y endebles estampas religiosas de López están a mil leguas, no ya de la gran tradición española del Siglo de Oro, sino también de las esporádicas, pero geniales incursiones de Goya por este mismo campo (pienso en el «Prendimiento de Cristo» de To-

ledo, o el magnífico boceto que le precedió; pienso, sobre todo en la impresionante «Comunión de San José de Calasanz»). Por supuesto, no hubiera pasado López a la historia de la pintura, a través de sus lienzos de tema religioso. Merece la pena, en este sentido, visitar el espléndido conjunto de cuadros del artista valenciano coleccionados en el castillo de Perelada, porque allí puede establecerse directamente el contraste entre los dos maestros: el falso y desvaído de sus estampas devotas y el sólido y penetrante evocador de un mundo social en transición.

Los tres «tiempos» de Vicente López

Pero así como hay en Vicente López un retratista —que a veces logra calidades de gran maestro— y un convencional pintor religioso que no pasa de mediocre, hay también, en la dimensión cronológica, tres López sucesivos. En primer término, el que se abre camino hacia la Corte con el gran retrato conmemorativo de la visita de Carlos IV a Valencia (1802); inseguro aún en el dibujo, agrio en el color, falsamente aparatoso y preciosista, aunque con trozos de pleno acierto; como la magnífica cabeza de la reina María Luisa; es el pintor que va afinando sus cualidades tras el paréntesis de la guerra de la Independencia, hasta lograr un dominio absoluto, casi perfecto, del dibujo, junto a una gran gama cromática más entonada —recuérdese el retrato de Isabel de Braganza, de una gran sencillez y claridad de tintas.

A mediados de la tercera década del siglo se inicia el segundo capítulo en la obra de López: época de madura y clásica plenitud, en la que el artista realiza sus obras maestras: el magnífico retrato de Fernando VII conservado en el palacio del Banco de España (Madrid); el del comisario de Cruzada, Varela (Academia de San Fernando); el de la reina María Josefa; el del pintor Goya; el de la reina Cristina de Borbón (Casón del Retiro). Diríase que en esta etapa de su obra ha logrado López asumir hasta donde le es posible la magistral facilidad de Mengs para la reproducción de encajes y joyas, y la espontaneidad suelta y fluida de Goya. Como pintor de telas y de gemas, el artista valenciano da su nota más perfecta en el retrato de la reina Cristina —que es, además, una de las más sugestivas «semblanzas» femeninas de todo nuestro siglo XIX. En la línea realista y espontánea con garra psicoló-

ca, López alcanza su mejor momento en el retrato de su amigo Goya (retrato tan excelente que no cede el paso a los grandes autorretratos del artista de Fuendetodos). Conocida es la anécdota según la cual el propio Goya detuvo la mano de López «en el punto justo» para que no estropeara lo conseguido insistiendo en el famoso «acabado». Puede ser una anécdota real, pero la sencillez y sobriedad de este cuadro tienen manifestaciones similares en retratos como el de la reina María Josefa Amalia de Sajonia, delicioso en su simplicidad tanto como en su penetración psicológica.

La última década en la vida de López es, en fin, más que nada, supervivencia: supervivencia en la que predomina un virtuosismo convertido ya en defecto. El artista es presa de su clientela —aristócratas decadentes, militares triunfantes o potentados de nuevo cuño, como el millonario Gaspar Remisa—; y repite como una fórmula el deslizamiento hacia el cromo, en cuadros que satisfacen el amor por lo ostentoso y lo «bonito», típico de esta mentalidad «arriivista» que se impone social y políticamente en la etapa abierta por la guerra civil y cerrada con el intento de equilibrio de los moderados. Resulta todo un símbolo que el último de los grandes retratos pintados por Vicente López sea el del general Narváez.

López, en su momento europeo

En la historia de nuestra pintura, López cubre un puesto no desdeñable. En su mejor momento podría definirse como un discípulo de Mengs nacido en Valencia y corregido por Goya. Su galería de retratos es una auténtica lección de historia política y un trasunto de historia social. Pero no sólo nos parece notable por estos motivos, sino también porque nos conecta directamente con un «momento» europeo. Aun encuadrándose en una línea formal y distinta, López responde a esa peculiar tendencia estilística bautizada en Viena con el nombre de «Biedermeier», que alude a un despliegue cultural protagonizado por las clases medias y estimulado por el dorado reflejo del siglo XVIII, bajo el signo político de Metternich. Se funde así esa profunda y nunca desmentida raíz valenciana del artista en una onda cosmopolita que ha de morir en los acantilados abruptos de 1848.

Carlos SECO SERRANO

DEL TERCER MUNDO

UNA SUPERSTICION EN CRISIS

CASI nadie se atreve a confesarlo todavía, pero la verdad es que nos sentimos considerablemente decepcionados: nuestro gozo en un pozo. Nosotros, los viejos, pertinaces, incondicionales clientes de François Maspéro, ya no sabemos qué pensar ni a qué atenernos. El membrete mismo de «Tercer Mundo», que un día tuvo mucho de bandera excitante, empieza a caer en un pudico desuso... ¡Qué tiempos, aquellos! Y, de hecho, apenas han pasado diez años escasos. El empuje de la revuelta colonial alcanzaba una violencia gloriosa, y la lucha tenía en la Europa metropolitana una repercusión aguda y resuelta. No hará falta recordarlo. Una gran cantidad de papeles efusivos, y otros episodios de signo parecido, demostraban la adhesión de los sectores europeos «sanos» a la emancipación de África y de Asia. Frantz Fanon, por un momento, llegó a alucinarnos. El prólogo que J. P. Sartre puso a «Les damnés de la terre» constituye el testimonio más claro de algo que podríamos llamar el «meaculpa» del Occidente explotador. El texto de Sartre escocía. La historia de Europa —y la actualidad de Europa— quedaba reducida a los cuatro trapos sucios, y sucios de sangre, de la operación predatoria sobre los pueblos subalternos. El sacrosanto nombre de la «Civilización» venía a ser objeto de una justa blasfemia. El «Tercer Mundo», ascendido de víctima a héroe, se convirtió en una «esperanza».

Digo: «esperanza». La Europa senil y empedacada resultaba «repugnante» para algunos de sus hijos. Personalmente, opino que hubo un notorio exceso —masoquista— en esta reacción. Los intelectuales a que me refiero, pues de intelectuales se trataba, tampoco consiguieron plantearse el asunto desde otros ángulos más circunspectos y prácticos, como, por ejemplo, el del marxismo. Prefirieron entregarse a un nuevo mito: a una «esperanza» inédita. La «salvación» —para todos— tendría que venir de ese mundo emancipatorio y enérgico de las multitudes exóticas. Como los antiguos bárbaros, ellas destruirían la Roma corrompida y parasitaria, y sobre las ruinas y los estupros podría levantarse un futuro grácil y virtuoso. Quizás exagero un poco en el resumen, pero no mucho, en el fondo. Asistí al espectáculo con un lógico apasionamiento, desde luego. Fui y sigo siendo aficionado a los productos de la marca Maspéro. De todos modos, ya entonces desconfié de tanta euforia. Más aún: J. P. Sartre, en algún pasaje, llegó a darme la impresión de que hablaba como un «Spengler al revés», y a mí, este tipo de bromas me alarman. Si pegué de suspicaz, me arrepiento y continuemos. El caso era que la «esperanza» en cuestión flotaba en el ambiente oral y escrito de ciertos círculos. El «Tercer Mundo» de los europeos era el «bon sauvage» de siempre, con añadiduras...

Los anticolonialistas yanquis, tan de «izquierdas» como los europeos, no cayeron en la trampa. Su crítica del imperialismo U.S.A. no fue menos implacable que la que aquí se formalizó contra las potencias y las ex-potencias clásicas. Sólo que ellos se abstuvieron de «idealizar» al sudamericano vejado. Por lo menos, no abusaron del truco. Proponer al «bon sauvage» indolantino como una perspectiva risueña «para todos», resultaba incompatible con el sentido común y con bastantes cosas más, no precisamente aviesas. El filocastrostro del «Listen, Yankee» de C. Wright Mills apenas tiene nada que ver con las ansiedades sartrianas. Y además... La ventaja ultramarina era ésta: que las Américas inferiores hacia siglo y medio que habían comenzado a disfrutar de alguna «independencia», y las «independencias» no se habían traducido exactamente en situaciones atables. Por el contrario, al colonialismo español y portugués habían sucedido especies más sutiles de «colonialismo», y, con ellas o sin ellas, dentro de cada República joiualmente libre, las dictaduras, los espolios, la miseria, la ira armada, se habían hecho endémicas. Y era natural. Porque la enfermedad es más profunda.

De creer a Fanon y a su exégeta, y a los demás, el «Tercer Mundo» de Europa —es decir, las dependencias africanas y asiáticas— realizaría el enorme milagro de obtener simultáneamente la «liberación nacional» y las otras «liberaciones» pendientes, económicas, políticas y culturales. Era una hipótesis aberrante. Pero se ha aguantado mucho tiempo, con la torva complicidad de la «mala conciencia» europea. Copiosos y abundantes paquetes de gatos han pasado como alegres manadas de liebres, ante nuestros ojos dispuestos a no ver. Las maniobras de la alta estrategia del Primer y del Segundo Mundo han enturbiado más el panorama. Los grotescos «socialismos coránicos» ponen piel de gallina al más pintado: el pobre Fanon, si levantase la cabeza, ¿qué diría, qué habría dicho de los Nasser, los Bumedian, los Bourguiba, y «tutti quanti»? ¿Y qué de...? Ya casi hemos olvidado al irrisorio Tsonbe, pero uno tiembla al imaginar cómo se habrá liquidado su aventura. Dejemos a un lado lo de Biafra. Los diecisiete años de guerra civil «secreta» del Sudán deben haber sido algo bastante más serio que el «grand-ignougnon» de Múnic. Y las espantosas veleidades hegemónicas de la Indira Gandhi, a base de vacas sagradas y hambre sistemática, o el Sukarno, otro que tal, y ese señor de Uganda, que, como Hitler, ha encontrado por fin su «judío», y... La lista sería interminable.

Si J. P. Sartre no estuviese ahora tan metido en averiguar las vicisitudes psico-somáticas de Flaubert y las consecuencias

literario-musicales que de ellas derivan, se llevaría un disgusto gordo, cada mañana, al hojear «Le Monde». El cromo del Tercer Mundo de la buena época se ha descolorido. Releo a Fanon, por pura casualidad, estos días, y me desmoralizo. ¿Era «esto» lo que «esperábamos»?... Fanon se engañaba, y se engañaba Sartre, y nos engañamos todos. No existía ninguna razón para suponer que las cosas pudiesen ir de otra manera en el Tercer Mundo. Más bien existían razones apreciables para suponer que tendrían que ir mal, muy mal. La eliminación de los «colonialismos» ha sido una pantomima, en más de un país: admitido. La «négritude» que postula el poeta Seghor y sus peregrinaciones al Eliseo lo certifica. Pero, incluso cuando los «indígenas» se quedan en su salsa, lo que se ha desencadenado es la ferocidad feudal y el colonialismo fascistoide, sin contar con las funciones folklóricas-policíacas de muchos otros líderes... Esto tenía que ocurrir. El «bon sauvage» está sometido a las leyes de unos antagonismos inflexibles, como el «blanco» que les dominaba (o, entre bastidores, les domina con las debidas complicidades locales). Ni más ni menos. O más bien «más». La tribu y el colono, que Europa ya ha digerido a medias, él todavía los tiene sobre la mesa.

El Tercer Mundo fue nuestra «superstición». Se ha evaporado, dejándonos en el ánimo un resquemor doloroso. No tendremos derecho a lamentarlo a costa de ellos: de los negros, amarillos o cobrizos, enzarzados en una mutua hostilidad, sofocados por fanatismos confesionales, disputándose el duro y el poder como hienas, supurando señoritisimos. Atraviesan una extraña etapa que, quizá, corresponde a la Edad Media —la Alta?— de Europa. Hay mucho Carlomagno disimulado en esos territorios. Pero tal vez no hay más remedio que pasar por el aro. No lo sé. Lo que sí salta a la vista es que «nosotros», los encandilados por Fanon y por Sartre, y por los demás, experimentamos una amarga desolación al contemplar cómo se derrumban las ilusiones que nos precipitamos a cultivar. Podría asegurar que yo nunca las compartí del todo, ni mucho menos, y lo dejé entender en mis papeles, con reticencias que mis amigos me reprochaban. Pero no cuenta lo que yo recelase. La «superstición» fue tonta y general, como todas las supersticiones. Nosotros nos la inventamos, y hemos de asumir la acidez del despitte... J. P. Sartre, en sus pausas de Flaubert, se dedica a jugar a ese «maoísmo sin Mao» que está de moda, o a chismorrear sobre Checoslovaquia. Hasta para él el Tercer Mundo es un fantasma incómodo...

Joan FUSTER

¿así pierde usted su cabello?

¡consúltenos hoy!



INST. CAPILAR INTERNACIONAL. Método AKERS - I.C. Internacional

Londres, París, Berlín, Zurich, Marsella, Niza, Lyon, etc. La primera y más grande Organización Internacional. Sesenta Sucursales en siete países, fórmulas y productos registrados exclusivos. Nuestros Institutos han sido muchas veces imitados, pero nunca logrados. En efecto, un tratamiento de higiene capilar puede hacer que se detenga, en algunos casos, la calvicie precoz. Ciertamente que nos es imprescindible un examen previo para decirle si podemos hacer algo por usted. Tras su visita al Instituto y después del citado examen previo, podremos informarle si su caso permite la aplicación de un tratamiento de higiene capilar Akers I. C. Internacional y de esta forma, es posible que Ud. pueda fortalecer y conservar su cabello. Unicos auténticos Institutos en España. Barcelona: Avda. José Antonio 634, 10.º Tel. 231-67-32. — MADRID: Avda. José Antonio, 62, 7.º, 5.ª Tel. 248-22-48. — VALENCIA: Edif. Eurotodo, Moratín, 18, 8.º Tel. 21-22-47. Bilbao: Diputación, número 4 bis, 5.º Tel. 21-93-99. — Sevilla: Méndez Núñez, 1-3. Tel. 22-82-94. Consultas: Lunes a viernes, de 11 a 20 horas. Sábados, de 10 a 18 horas. Dir.: M. de Píera E. Hernández. Dir. Médica: Francisco Tarré. También para personas que residen fuera. C. P. S. 174.